

Olía a magnolia y a vino, y el olor, verde como la noche, tenía aristas de piedra, ecos de maderas besadas por culos de doctorandos y novicias. Mientras cenábamos, junto a un Escorial como un Etna cuadrulado, Ramón García Mateos, barba en pie, ojos palabra, me habló por primera vez de aquel viejo amigo suyo que amaba el flamenco, las mujeres y los diccionarios, y que en cierta ocasión le había propuesto celebrar una ceremonia pública de apostasía, de la de que se había retractado finalmente porque era interino y no quería problemas en el trabajo. Ramón reía entonces —risa, a la vez metálica y flexible, como la de un gran oso lingüístico, mientras al supernumerario Jesús le temblaban el crucifijo y los macarrones, y a Montse, «pandémica y celeste», los pechos sobrecogedores, y yo me esforzaba por imaginarme a aquel trabajador que reunía, a un tiempo, el oro de la iconoclastia y la negrura del procedimiento administrativo (o al revés). «Juanito» dijo Ramón que se llamaba. Sin embargo, sólo algunos meses más tarde pude comprobar la injusticia del diminutivo, cuando, convocado por la amistad y una bandeja de langostinos que no cabía en la mirada, lo conocí en un nuevo encuentro con Ramón, esta vez lejos de los pudrideros reales: en el azul conífero de Cambrils.

La poesía es la sintaxis del alma, ha dicho el gran Manuel Álvarez Ortega. Y, en efecto, si las palabras constituyen el sedimento de nuestro vivir, las de Juan López-Carrillo contienen los mismos pliegues de su personalidad asombrosa. Aquella lujuria imaginativa, tocada de escepticismo y derrota, presente en su propuesta de abjuración, define un espíritu poético que ya asomaba en *Los años vencidos*, su primer poemario, y que en *Poemax*, el libro que hoy me cabe la satisfacción de presentar, obtiene su máxima decantación. Porque Juan cree, con Eliot, que *en la poesía, como en la vida, nuestra tarea consiste en sacar el máximo partido de una mala situación*. Quizá por eso deposita en sus versos una alegría triste, un cabalgar inmóvil, una fracturada claridad, que contagian de sonrisa y desesperación a quien lo trata y a quien lo lee.

Poemax es sin duda, un libro festivo. Una simple ojeada a sus páginas lo confirma: ahí están su poesía visual —sobre la que tan ignorante soy, pero que tanto me divierte— y ese «florilegio salaz y libertino», agreste antología que demuestra cierta inclinación koljosiana y, lo que es más notable, el alto sentido de la amistad que caracteriza a su autor. Después, el asedio a los

textos de Juan acredita, con nitidez, el parentesco entre la poesía y el chiste, como reciamente argumento Bousño: *Tienen razón / algunos psicólogos, / a los hombres nos asustan los coños. / Yo me defiando / y por eso me los como*, reza el poema «Autodefensa». Estos cuasi-epigramas, como cualquier chascarrillo, se asientan en una súbita ruptura de nuestras expectativas. A veces, de forma directa, como un hueso que se troncha. Otras, oblicuamente, forzando a la inteligencia a una nueva interpretación retroactiva, de lo aprehendido. Así sucede en «Mal presente e imperfecto subjuntivo»: *“Follamos poco” / me dice Joaquín. / “Ojalá folláramos poco, / amigo mío”. / Y pasa Nuria / y ni siquiera nos mira”*.

Poemax se sitúa, además, en una caudalosa tradición literaria, la de la poesía pornográfica y escatológica, proclive al jolgorio y a la celebración; una tradición que desde Aristófanes y Catulo, si no desde mucho antes, nos ha rendido frutos admirables. El romano escribió, programáticamente: *Os joderé y me la chuparéis / bujarrón Aurelio y marica Furio, / que me habéis creído poco decente / porque mis versos son voluptuosos. / Pues el buen poeta debe ser casto, / pero no sus versos, que no lo necesitan*. Tras ambos desfilan, en regocijada procesión, los anónimos juglares medievales (algunos de los cuales escribió el estimulante «Debate del culo y el coño»); los trovadores (*si todo merma con el uso, el coño, en cambio, crece*, cantó Guillermo de Aquitania); y, ya en castellano, el Arcipreste de Hita (*Como dize Aristótiles, cosa es verdadera, / el mundo por dos cosas trabaja: la primera, por aver mantenençia; la otra cosa era / por aver juntamiento con fenbra plazentera*); Góngora, Lope y, sobre todo, Quevedo; los ilustrados —rijosos sin excepción: Iriarte y el serenísimo Jovellanos, Nicolás Fernández de Moratín y su *Arte de las putas*; el feroz pepino que loó Samaniego—; los burgueses decimonónicos luego, como —quién lo diría— Gustavo Adolfo Bécquer; y ya en nuestro siglo Alberti y Dalí, Cela y Leopoldo M^a Panero, Nelson Simón y Severo Sarduy, cubanos ambos y hedónicos, cantores sobresalientes del amor homosexual. Y junto a todos ellos, acompañándoles a lo largo de los tiempos, la robusta lírica popular, que ha destilado, en agraz libertad, coplas tan clarividentes como ésta: *Todo el que quiera saber / de qué color es la pena, / que se ponga en pelotas / delante de una colmena*. O ésta otra, que encarece ciertos órganos, no sin donosura: *Excelentísimo coño, / jardín de todas las damas, / descanso de los cojones / cuando la polla se baña*. O ésta,

susurrante y petitoria: *Tócame los cojones / María Manuela; / tócame los cojones / que son de seda*. En suma, poetas de toda condición, conocidos y desconocidos, cultos e iletrados, sutiles y soeces, han oreado el registro común de la poesía —siempre peligrosamente cerca de lo fósil o, peor aún, de lo respetable— y llenado de limpísima obscenidad las fórmulas sancionadas por las academias o la grey. El erotismo, sobre todo, el erotismo explícito —cuyas más inmediatas evidencias son el léxico transgresor y la exposición de hechos impúdicos— ha tenido, así, un doble efecto civilizatorio: ha sublimado —en términos freudianos— la devoradora pulsión sexual, de modo que la insatisfacción —o, abiertamente, la incontinencia— adoptara la muy pacífica forma de palabra; y ha ensanchado el pensamiento del hombre, porque decir lo vedado, lo impuro, lo imposible, es un acto creador, que dilata el mundo y nos reconcilia con nuestra totalidad. En verdad, la literatura pornográfica ha supuesto siempre un salvavidas o un cuchillo: un modo de contestar a la violencia cotidiana con la dulce violencia de la carne, o con la música que transpira. Y hoy, cuando la peste de lo política (o poéticamente) correcto, constituida en la más democrática de las censuras, infecta todos los rincones de la comunicación, esta función desmitificadora, casi sacrílega ya, se me antoja especialmente saludable. *Poemax* no tiene miedo al lenguaje (ni, en consecuencia, a las cosas); *Poemax* dice lo que tiene que decir, a contrapelo de jefes y vecinos y reputaciones. Y lo que tiene que decir no es sólo el ansia o la admiración por los cuerpos, sino también el miedo, el sufrimiento por la medianía o la soledad, el ridículo que todos hacemos, aunque no lo reconozcamos, ante nosotros mismos. Y sus palabras son tiesas, cristalinas, heroicas y, cuando es menester, también exactas y sucias: *De la punta / mi polla / —platino iridiado— / nació gozoso/el Big Bang*. Sí: la polla, la hipérbole del tamaño, la explosión. Y, en medio, esa omisión prepositiva —*la punta / mi polla*— que recoge, con oído certero, la prosodia de la calle. *Poemax*, en su asunción plena del lenguaje, en el baño de instinto y libertad a que somete al lenguaje, incorpora a la poesía los términos orillados por el discurso habitual, los pequeños tabús del habla, tan comunes en el español diario, pero tan infrecuentes, pese a todo, en un registro que el decoro todavía exige depurado Juan López-Carrillo, prosiguiendo un empeño que se inició cuando alguien —que pudo ser Baudelaire— prefirió la palabra «almorrana»

a la palabra «lapislázuli» y obtuvo con aquella un poema mejor, rompe la estricta *biensonancia* del verso y demuestra que todo es verbalizable —y, por consiguiente, poetizable— y que el resultado óptimo en literatura solo depende de un uso pertinente, que se garantiza con la adecuación del taco o de la imagen perturbadora a la íntima necesidad expresiva y al contexto delimitado por el propio poema. En las manos hambrientas de Juan, en suma, el universo es verso; en ella todo —hasta lo aparentemente más bajo— puede alzarse en alas de sílabas.

Y esta amplitud, casi cosmológica, es liberadora, puesto que nos empapa de otras sonoridades y permite que cometamos deliciosos pecados, sin apearnos de nuestra condición de seres contradictorios y moderadamente racionales; es decir, humanos. Antes bien: subraya nuestra dignidad, haciéndonos un poco más osados, algo más sinceros. La afirmación socialmente inadecuada de nuestros impulsos sexuales, o meramente fisiológicos, no nos envilece, sino que nos permite reconocernos nuevos e ingenuos, amotinados, poseídos por una confusa inocencia. Estoy convencido de que no somos peores por decir «mierda» o «coño»: somos mejores.

Pero he apuntado al principio que la alegría de Juan López-Carrillo está atravesada de tristeza. Así es, ciertamente. Esta paradójica melancolía, sin embargo, no diluye la exaltación, el optimismo último de su obra. Por el contrario, la dota de una fuerza insólita, al igual que la penumbra subraya la mordedura de las formas. El erotismo, con su desgarró de anhelo e insatisfacción —el amor siempre es insuficiente—, transparenta la llaga del ser. Quevedo compaginó, sin prejuicio para ninguna de las dos, ni para su fama, la poesía metafísica y la procaz. López-Carrillo cohonestó lo satírico y lo existencial con suntuosa sencillez, y el resultado es, con frecuencia, un rechazo descoyuntador, como en el poema «Fetidez», pese a esa triada de adjetivos que, Juan lo sabe, encuentro entorpecedora: *Recorriendo deprisa / la calle más sucia / de una sucia ciudad, / vas y dulce me dices: / “¡Joder, cariño, / vaya olor a mierda!” / Y yo le contesto, / embriagado, / místico y revelador: “Ya lo echarás en falta, / amor mío, / el día en que estés muerta”*. La salacidad del poeta esconde, pues, una extraña dureza, al revés que mucho supuesto patetismo, bajo cuyas formas coriáceas sólo hallamos el sabor falaz del chicle. En su sátira —que empieza como Dios manda, por sí mismo—, en

su impudor, en todo cuanto nos arranca una sonrisa —o una carcajada— reconocemos una angustia que también es nuestra.

Poemax, esta segunda entrega de Juan López-Carrillo, realista y polémica, impertinente y tierna, confirma la lozana insolencia poética de un escritor que no teme a las palabras ni a los sentimientos, aunque sí quizá, todavía, a que le rescindan el contrato.

Muchas gracias.